

Un grito de alerta para la Amazonia

El himno al progreso material merece ser interpretado con sordina si no incorpora ese plus de alma solicitado por el humanismo laico y religioso. Pero hoy surge otra voz contra el desarrollo ilimitado, en nombre de la ecología. La autora centra su discurso en un SOS por la Amazonia; ese inmenso pulmón del planeta está siendo ahogado por intereses económicos desorbitados, que agreden alarmantemente el equilibrio de la naturaleza.

Silvia Caunedo *

LEJOS están los tiempos en que la Amazonia era la reina del caucho y Manaus la capital del comercio mundial de este producto. ¡Qué años aquellos del auge del caucho (1885-1913), cuando los magnates encendían cigarrillos con billetes de quinientos mil reis y edificaron el teatro Amazonas, inaugurado por el tenor italiano Enrico Caruso, en el corazón de la selva, a cambio de una fabulosa suma! Ahora la Amazonia es un gran S.O.S.

La historia de Brasil parece repetirse en ciclos cerrados. En 1913 cam-

* Historiadora y periodista cubana. Madrid.

bió la suerte. El país que había disfrutado del monopolio del caucho vio desplomarse inesperadamente de un solo golpe los precios del producto. Las plantaciones de Ceilán y Malasia volcaron gran cantidad de toneladas al mercado mundial, compitiendo con el coloso suramericano.

La faena la hizo el inglés Henry Wickham, que allá por 1873 poseía bosques de caucho en el río Tapajós. Wickham se había dedicado durante algún tiempo a enviar dibujos y hojas del árbol de la goma al jardín de Kew, en Londres, hasta que recibió la orden de trasladar a Gran Bretaña una buena cantidad de semillas de la planta. Sacadas de contrabando, porque el Brasil castigaba severamente la evasión de semillas, éstas llegaron intactas a Liverpool. Las consecuencias tardaron en verse cuarenta años, cuando los ingleses invadieron el mercado mundial con el caucho malayo. Brasil pasó a abastecer sólo la octava parte del consumo mundial y medio siglo después compra fuera de sus fronteras más de la mitad del caucho que necesita.

Con ello la prosperidad amazónica pasó al olvido, los cazadores de fortunas emigraron a otras regiones, la selva se cerró nuevamente sobre sí misma, ajena al decadente esplendor del caucho, como el país entero que sólo había respondido a la demanda internacional de materia prima sin lograr participar en el verdadero negocio: la internacionalización y distribución del producto.

A la vuelta de medio siglo se repite la mala pasada, esta vez con otro jugador. La búsqueda de fuentes de abastecimiento de materiales estratégicos para alimentar el potencial de guerra de los Estados Unidos aparece vinculado a la compra masiva en los años sesenta de tierras en la Amazonia brasileña, generalmente, por medios fraudulentos.

Previamente los aviones de la Fuerza Aérea estadounidense habían sobrevolado y fotografiado todo el territorio, detectando los yacimientos de minerales radioactivos y otros como oro, plata, diamantes, magnetita, tantalio, uranio, cuarzo, cobre, manganeso, plomo, sulfatos, bauxita, cromo, mercurio. Los informes obtenidos fueron puestos en manos de las empresas privadas interesadas en el asunto, que compraron, antes de 1967 a siete centavos el acre, una inmensa superficie de la floresta amazónica. La lista es extensa, pero sólo citaremos dos ejemplos: el mayor yacimiento de nubio del mundo que está en manos de una filial de la Niobium Corporation de Nueva York, o las enormes reservas de hierro y manganeso en poder de la United States Steel Company.

Una investigación realizada por el Congreso brasileño detectó que en las áreas ocupadas por compañías extranjeras, las mujeres eran sometidas a campañas de esterilización con el fin de evitar la competencia demográfica de los escasos brasileños y las diversas tribus aborígenes que pueblan la zona.

Bajo el estandarte del progreso se establecieron las transnacionales, iniciando otro capítulo en la explotación de la Amazonia y de la tragedia de la «modernización» brasileña, encaminando los modelos de desarrollo de la región según sus propios intereses de aprovechamiento de los recursos naturales. La Amazonia quedó cercada entre diferentes vertientes económicas que dictaron la apertura de nuevas fronteras de explotación y la lucha por la posesión de la tierra. Su suelo se transformó en un universo especulativo, en la tierra de promisión, reuniendo a hacendados oriundos del sur y a empresas multinacionales, todos con la única preocupación de lograr en corto plazo elevadas tasas de ganancia.

A la explotación de minerales radiactivos se unió la actividad pecuaria por el sur, en los estados de Tocantins, Matto Grosso, Rondonia y Acre, disputando espacio a los aborígenes; la corrida del oro se estableció por el Norte, en el territorio de los indios yanomamis, una de las últimas comunidades que mantiene intacta su cultura. Sólo en 1990 esta zona fue invadida por 30.000 hombres, que extrajeron 13 toneladas de oro, equivalente a por lo menos 250 millones de cruzados nuevos.

El otro eslabón que viene a cerrar el cerco sobre la Amazonia es la explotación mundial de la madera.

Los senderos del progreso

LA explotación industrial de la madera la comenzó Estados Unidos y Europa que arrasaron sus propios árboles convirtiéndolos en pulpa, celulosa y carbón para las siderúrgicas. Después de hacer lo mismo con las reservas madereras de Asia y África la situación cambió hacia 1983, cuando las firmas internacionales focalizaron a la Amazonia, que posee volúmenes de madera más significativos comercialmente.

La diferencia estriba en que la tala en África y Asia se desarrolló selectivamente con las especies más valiosas. Esta forma es menos dramática que el desmantelamiento que predomina hoy en Iberoamérica, don-

de los cortadores buscan sólo una o dos variedades de árboles y después queman el resto para abrir caminos. En la Amazonia el paso del hombre está precedido por el fuego, muchas veces impulsado por acciones de empresas y bancos multinacionales de desarrollo.

En Brasil, el proceso de destrucción fue acelerado por la carretera BR-364, construida y asfaltada en 1984 con financiación del Banco Mundial para abrir el estado de Rondonia a la migración y explotación de acuerdo con el proyecto POLONORTE, y posteriormente por la extensión de una carretera mejorada para Acre con la financiación del Banco Interamericano de Desarrollo (BID), en enero de 1989. Después de estar la obra prácticamente terminada fue cancelado el empréstito para el tramo Porto Velho-Río Branco debido a la negativa de Brasil de cumplir los acuerdos con el BID relativos a la demarcación de reservas indígenas.

Otro caso representativo es el Programa Grandes Carajás, por el cual se construyó en 1984 un ferrocarril en la Amazonia oriental con el financiamiento del Banco Mundial para el proyecto de extracción de hierro, que incluye la producción de ferro-gusa usando carbón vegetal obtenido de la quema de la floresta.

¿Quién acusa?

LA explotación de los recursos de la Amazonia se ha convertido en expoliación en función de los intereses económicos de las multinacionales. Estas empresas eligieron un chivo expiatorio para alejar de sí el peso de la opinión mundial y continuar reservándose los recursos amazónicos. El blanco elegido fue Brasil, al que han intentado presentar como el gran culpable del «efecto de estufa» por los incendios que ocurren todos los años en el período julio-noviembre en la región. Esto ocurre cuando la nación suramericana aporta sólo el 0,05 por 100 del dióxido de carbono, que su propia selva absorbe purificando el aire, mientras Estados Unidos envió a la atmósfera en 1993, 2.000 millones de toneladas de este gas, a lo que se suman 1.200 millones de toneladas procedentes de Europa y Japón, según datos de la Organización de Naciones Unidas.

Las grandes potencias y sus transnacionales que operan en la Amazonia desarrollan una táctica de doble objetivo: mantener la gran selva como reserva estratégica y presionar a Brasil para que no tome medidas.

Con esta intención crearon el mito de Brasil como país que masacra indios e incendia la selva para construir hidroeléctricas. Además, mediante una audaz maniobra política organizaron la Conferencia de La Haya, en marzo de 1989, donde intentaron, sin éxito, crear una autoridad supranacional que vigilaría la Amazonia y ante la cual los ocho países con fronteras en la gran selva tropical debían renunciar a una parcela de su soberanía.

A pesar de la campaña de desinformación y el bloqueo de créditos, Brasil puso en práctica un ambicioso programa de prevención llamado Nuestra Naturaleza, prohibió la exportación de madera en troncos y desarrolla 30 proyectos sobre reforestación, prevención de incendios, purificación de ríos, etc. Para aplicar el nuevo programa, el gobierno creó el Instituto Brasileño del Medio Ambiente y de los Recursos Naturales Renovables (IBAMA), que ha reducido en un 30 por 100 los índices de devastación de la selva, e impuso 13,5 millones de dólares de multas a los depredadores de la floresta.

El IBAMA obligó a las empresas minero-metalúrgicas que derriban árboles para producir carbón vegetal a cumplir la disposición constitucional de replantar y reparar los daños causados al medio ambiente, sancionando incluso a las empresas culpables. Además, la nueva Constitución decidió que las empresas mineras transnacionales tendrían, a partir de 1990, un plazo de cinco años para retirarse de Brasil. Por tanto, no resulta extraña la campaña organizada por las potencias industrializadas, cuando sus empresas poseen el 38 por 100 de todas las áreas con yacimientos minerales y controlan el 94 por 100 de la explotación de minerales no metálicos, 86 por 100 de aluminio, 58 por 100 de níquel, 67 por 100 de barita, 63 por 100 de tungsteno, 80 por 100 de la extracción mecanizada del oro, 94 por 100 del amianto, 34 por 100 de hierro y 63 por 100 de la extracción de diamantes y piedras preciosas.

¿Qué es la Amazonia?

«ES la presencia de la antigüedad biológica», afirmó el oceanógrafo francés Jacques Cousteau en su viaje por el Amazonas en 1982, maravillado por la riqueza y desmesura de la enorme selva tropical.

El científico Herbert O. Ssubart estima que los 100 millones de árbo-

les y el suelo de la Amazonia, donde cada hectárea puede contener 250 especies vegetales diferentes, constituye el mayor banco genético, la mayor biblioteca viva de la humanidad. En esta cuerda no ha faltado quien le buscara punto de comparación en la antigüedad clásica. El inglés Jonathan Weiner escribió que las florestas de la Amazonia son «verdaderas bibliotecas de Alejandría», con sus intrincados y desconocidos órdenes de información genética. Weiner sugiere una analogía histórica aterradora: la célebre biblioteca de Alejandría al ser destruida por el fuego en el siglo VII atrasó en 1.000 años el Renacimiento, y alude que igual podría significar, para el conocimiento sobre la vida y la naturaleza en general, la destrucción por el fuego de este formidable banco de datos natural que es la Amazonia.

La Amazonia, con una extensión cercana a los seis millones de kilómetros cuadrados, representa la mayor masa forestal ininterrumpida de la tierra. Se extiende a través de ocho países suramericanos. El principal es Brasil, donde cubre algo más de la mitad de su suelo incluyendo los estados de Amazonas, Pará, Acre, Roraima, Rondonia, Tocantins, Maranhao y Matto Grosso, y 11.248 kilómetros de frontera con Bolivia, Perú, Colombia, Venezuela, Guyana, Surinam y la Guyana.

En la actualidad está habitada por una población indígena dispersa, que se ha visto reducida a menos de un millón; en fechas recientes su número oscilaba en torno a los diez millones de personas. Especialmente en Brasil la población amazónica es de 13 millones, distribuidos en 342 municipios.

En la selva propiamente, habitan 772.000 cazadores, pescadores y caboclos (campesinos que viven en las márgenes de los ríos), 360.000 indígenas de los cuales 140.000 se agrupan en tribus nómadas. Se estima que existen por lo menos otros 20 grupos totalmente desconocidos. La cifra de población la redondean una elevada cantidad de buscadores de oro y cazadores de fortunas que circundan sus espesuras.

Esta gran floresta representa el 31 por 100 del total de la selva tropical del planeta. Se estima que en ella se albergan 80.000 especies vegetales y 30 millones de insectos y especies animales. Hay 3.000 especies maderables, de las cuales sólo 200 son conocidas y de ellas, 50 explotadas comercialmente. Un tesoro similar son las 4.000 especies de árboles frutales y plantas medicinales, si se tiene en cuenta que el 25 por 100 de todas las esencias farmacéuticas industrializadas son extraídas de la selva tropical.

El río Amazonas constituye la mayor cuenca hidrográfica del planeta.

Recorre 7.045 kilómetros y arroja en el Atlántico 175.000 metros cúbicos de agua por segundo, lo que significa la mayor descarga de agua dulce que llega a los mares de la tierra. Es, en definitiva, una inmensidad mágica y salvaje profundamente desconocida.

El equilibrio perdido

DURANTE millones de años el hombre se ha empeñado en transformar la naturaleza, y su trabajo le permitió convertirse en un ser superior, con el agravante de que todo iba en perjuicio de esta última. En las últimas décadas de este siglo que acaba, el desordenado crecimiento industrial y los enormes volúmenes de desperdicios han sobrepasado el equilibrio, perdido hace mucho; peor aún, invirtieron esta relación. La naturaleza constantemente agredida amenaza ahora destruir al hombre, en una crisis ecológica por la que jamás ha pasado el planeta Tierra.

Igualmente hace unos años a ningún político se le habría ocurrido incorporar la ecología a su discurso, los partidos y movimientos «verdes» eran mirados con asombro y las más de las veces con irritación. La obsesión era el desarrollo industrial y el crecimiento económico.

Sin duda, la devastación del medio ambiente estaba en marcha, pero los gobiernos de las naciones desarrolladas y las grandes empresas multinacionales encontraron un mecanismo para evitar mayores perjuicios y desviar la atención de la opinión pública internacional. Gran cantidad de las industrias contaminantes se trasladaron a la periferia, fundamentalmente, a los países subdesarrollados, donde fueron bien acogidas porque generaban empleos. No obstante, rápidamente se detectó quiénes eran los responsables de la agresión a la naturaleza: Estados Unidos, con el 22,8 por 100, Europa occidental y Japón, con el 20 por 100, son los principales emisores del dióxido de carbono y de fluocarbonato. A la eliminación de los desechos se une la de miles de millones de toneladas de desperdicios plásticos que no son biodegradables y que están contaminando ríos y mares.

La comunidad científica comenzó ya alrededor de 1950 a reclamar acciones concretas contra el deterioro ambiental. En ese primer momento surgieron movimientos humanitarios para evitar la extinción de focas, ballenas y otras especies en peligro. Desde comienzos de la década del 80,

el problema del medio ambiente se agravó vertiginosamente amenazando seriamente la subsistencia humana. La década de los noventa es ya un grito de alarma. El nuevo capítulo abierto marcó sus páginas en la problemática en torno a la Amazonia, considerada el pulmón natural del planeta.

Las florestas están desapareciendo rápidamente en el mundo entero. El área climáticamente apropiada para estos bosques húmedos cubre aproximadamente 16 x 10 kilómetros cuadrados, su extensión efectiva en 1979 fue estimada en apenas 7,5 x 10 kilómetros cuadrados, de los cuales un 13 por 100 se encontraban en Asia, 21 por 100 en África y 66 por 100 en el continente americano. Si tomamos en cuenta que estos datos son de 1980 es fácil considerar que estas áreas hoy son mucho más reducidas. La última gran extensión está localizada en la Amazonia.

Pero, ¿por cuánto tiempo? Cada año se desforestan 50.000 kilómetros de esa región y en los últimos tiempos se talaron 2 millones de kilómetros cuadrados. De acuerdo con datos del Instituto de Investigaciones Especiales (INPE), solamente en 1990 el fuego destruyó un área de 248.000 kilómetros cuadrados, extensión equivalente a la del estado de Sao Paulo.

Si se mantienen estas proporciones, el INPE estima que cada seis segundos será destruida un área equivalente a la de un campo de fútbol. Con este ritmo, en dos décadas cerca de 100 especies de animales y plantas podrían ser extinguidas de la faz del planeta sin que puedan siquiera ser registradas en un catálogo. Serán una página quemada en la historia del conocimiento del mundo.

Esta situación se agrava por el hecho de que el restablecimiento de sus bosques es impedido por la extrema pobreza del suelo, que no tiene sustancias nutrientes ni sales minerales. Su riqueza se acumula en la propia materia vegetal a diferencia de los ecosistemas de zonas templadas. Por eso, al ser talada o quemada su masa forestal pierde fertilidad y comienza el proceso de erosión que desencadena el llamado «desierto rojo».

La desaparición de la Amazonia conllevaría alteraciones generales en todo el planeta, fundamentalmente el clima, puesto que este ecosistema es una de las formas que la naturaleza utiliza para estabilizar sus temperaturas. Aumentaría la sequía, la contaminación de las aguas y fundamentalmente el temible «efecto estufa», según el cual penetran las radiaciones luminosas y se retiene el calor en las capas más bajas de la atmósfera, lo que traería un aumento de la acumulación de gases, como el dióxido de carbono y otros contaminantes. Esta acumulación a tales niveles está re-

duciendo la capacidad de la atmósfera de disipar una parte del calor de los rayos solares (infrarrojos), vital para el mantenimiento de las temperaturas que han preservado la vida en nuestro planeta.

La ruptura de este equilibrio volvería erráticas las precipitaciones, los ríos adquirirían regímenes incontrolables, y la amenaza del deshielo relativamente rápido de los casquetes polares y la consecuente elevación del nivel de los océanos que provocaría la inundación de países enteros y ciudades litorales. Uno de los más perjudicados es Holanda, que sería barrida por las inundaciones. Está previsto, en estudios realizados por científicos de la Agencia de Protección del Medio Ambiente (EPA), de Estados Unidos, que la temperatura ascenderá de 1,5 a 4,5 grados celsius de ahora a mediados de la próxima centuria, hacia el año 2050, con importantes aumentos en los próximos treinta años.

Aunque muchas especies naturales y regiones logren sobrevivir al recalentamiento de la atmósfera, es seguro que casi ningún ser viviente podrá soportar el exceso de rayos ultravioletas que son absorbidos por un gas específico, el ozono que cubre la superficie terrestre. Este problema está relacionado con otro: la contaminación atmosférica con gases provenientes de aerosoles, aparatos de refrigeración y combustión de petróleo ya abrió un agujero del tamaño de los Estados Unidos en la capa de ozono, que protege a los humanos del paso de las emisiones de rayos ultravioletas del sol. La perforación de la capa de ozono es grande en la Antártida, afecta a Australia y ha reducido ya en un 2 a 2,5 por 100 la cobertura atmosférica sobre la región Sur del Brasil, aumentando la incidencia de quemaduras y cáncer de piel.

La acumulación de gases tóxicos, lanzados a la atmósfera cada año en cantidades abrumadoras y que la lluvia devuelve a la tierra, envenenó ya 10 millones de kilómetros cuadrados de Europa, Estados Unidos y Canadá, aumentó de diez a treinta veces la acidez de 7.000 lagos y algunas zonas del Atlántico Norte, desforando la fauna marina y corroyendo monumentos históricos entre los que se encuentra el Partenón de Grecia.

El oxígeno se acaba, el agua es ácida, las radiaciones solares traspasan los límites soportables, los árboles se extinguen. La desaparición de los bosques tropicales no está predeterminada, la naturaleza sabia creó sus propios mecanismos de salvación y muerte y la Amazonia es un punto de decisión. Son necesarias acciones rápidas para reducir y más tarde frenar el corte desenfrenado, para evitar que sus florestas, como las mujeres guerreras que le dieron nombre, se conviertan también en mito.